



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

## UN VOLUNTARIO



—Vengo á alistarme para Melilla.  
—¿Reúne usted condiciones?  
—Yo creo que sí.  
—¿Ha servido usted en el ejército?  
—No, señor, pero hace muchos años que manejo el sable divi-  
namente.

## SUMARIO

**TEXTOS:** De todo un poco, por Luis Taboada.—Alimentos adúlteros, por Juan Pérez Zúñiga.—¡Qué borchiata tan rica!, por José Jackson Veyan.—Pompas cómico-finesbres, por Eduardo de Palacio.—Hierro y carne, por Adolfo Lana.—La felicidad del sjenjo, por Alejandro Larrubiera.—El amor, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

**GRABADOS:** Un voluntario.—Actualidades.—Anuncios, por Cilla.



Ahora nos dedicamos á las manifestaciones. Reina entre nosotros el espíritu de la manifestación estruendosa, y estamos deseando un pretexto para salir por las calles, con y sin banderas, echando vivas y dirigiendo piropos á las muchachas. La última proyectada manifestación no pudo celebrarse, porque se opuso nuestro gobernador civil. Todo estaba dispuesto: los vivas, las banderas y los discursos. Tratábase de expresar nuestra gratitud á Francia por las muestras de simpatía que nos está dando con ocasión de la guerra del Riff.

Los manifestantes comenzaron á reunirse frente á la plaza de la Villa; el entusiasmo se pintaba en todos los rostros; reinaba la satisfacción en todos los corszones, y de pronto vino la guardia civil con los sables desnudos, y ¡zís, zaa! repartió los consabidos linternazos.

Yo estaba allí, en clase de curioso, y tuve que esconderme debajo de un sacerdote para que no me partieran por el eje.

—Soy un ministro del Señor—gritaba mi cobertizo.

El guardia civil, hombre respetuoso con el clero, dió nueva dirección al sable y siguió repartiendo leña entre los laicos.

No se puede ser curioso ni pertenecer á la clase de profanos.

Por querer presenciar la manifestación, han experimentado perjuicios de más ó menos importancia las personas siguientes:

Un zapatero viudo y mal encarado, que estaba de pie junto á un farol, esperando que hubiera vivas, y recibió dos palos en la nuca y un mordisco en una oreja, de pronóstico reservado.

Un caballero que desempeñó importantes cargos en Ultramar y hoy cobra sueldo pingüe, por no hacer nada absolutamente, en clase de pasivo. Al querer huir, le soltaron cinco palos consecutivos en la segunda costilla de la derecha, conforme se baja.

Un pollo perteneciente á la Juventud Católica, recién comulgado, que iba á ver si se armaba la gorda y volvíamos á los tiempos de la Inquisición, y á quien le pusieron la faz perdida á fuerza de moji-cones.

Y una señora gruesa, andaluza, que llevaba un niño de la mano y otro en poder de la nodriza y otro en el seno, y recibió cinco ó seis achuchones y tres pellizcos.

No hubo más víctimas, porque se hizo de noche y los guardias ya no sabían dónde pegar; pero se esperan nuevas manifestaciones y podrán desquitarse.

También hubo síncope. Á una señorita romántica y versificada la metieron en una tienda de mantecas para prestarle toda clase de auxilios, incluso los religiosos.

—¡Fu, fu, fu!—hacía la señorita sincopada, arrojando espuma por boca y nariz.

El mantequero, daba aire con una rodilla limpia. La mamá de la joven le desabrochaba el corsé y uno de la policía secreta decía:

—Bueno. Procuran ustedes que vuelva *ensigo* cuanto antes, para llevármela al gobierno civil.

—¿Por qué?

—Por haber pronunciado gritos *subresivos*.

—¡Mentira!—replicó la mamá irguiéndose como una osa salvaje.  
—Mi hijo no ha hecho más que expresar públicamente sus simpatías á Francia, la patria de Víctor *Hierge*.

—¿Creen ustedes que escarmantarán los manifestantes del jueves? Pues no, señor, no escarmientan aunque los aspen.

Hay quien vive para eso, y en cuanto se le presenta ocasión ya está enviando á los periódicos noticias redactadas así, poco más ó menos:

«Una comisión de patriotas invita á una solemne manifestación que tendrá lugar mañana á las tres en punto de la tarde, en el barrio de las Pulgas, y recorrerá las calles de la Morería y Pingarrona para disolverse en el Arroyo Abroñigal. La manifestación tiene por objeto pedir que se suprima el jabón moreno en el lavado de las ropas blancas.»

Los que no pueden vivir sin manifestación pasan muchos disgustos, porque á lo mejor no encuentran motivo para manifestarse, y se aburren.

—Hombre, ¿cómo nos manifestaremos mañana?—se preguntan unos á otros.

—Vaya usted á saber.

—Podríamos hacer una manifestación contra las cajetillas de 40 céntimos.

—Me parece bien.

Y piden permiso al gobernador, y compran dos varas de percalina roja y otras dos de percalina gualda para una bandera nacional.

El gobernador les niega el permiso por no ofender á la Tabacalera, que se muestra madre como quien dice, y entonces los manifestantes protestan; pero de pronto surge la guardia civil y les pone el cuerpo como un ligo de Fraga.

Á mí que no me digan, la profesión de manifestante tiene sus encantos y sus emociones.

Conozco un sujeto que siempre anda metido en ésta clase de asuntos, y antes de salir de su domicilio pregunta á su mujer:

—Ramona, ¿tienes árnica?

—No—suele decir la esposa.

—Pues manda por ella á la botica.

—¿Qué? ¿hay manifestación?

—Sí, mujer, sí. Hace ya quince días que no nos manifestamos, y esto ya es fastidiar.

Declaro que la manifestación de simpatía á los franceses hubiera sido muy de mi agrado.

Por de pronto les debo varios duros que me entregó la empresa de Lara cuando arreglé á la escena española, en compañía de mi amigo Llana, cierta comedia de Sardou. Si no hubiera sido por esta francés, no hubiera cobrado aquellos duros.

¡Ah! Si á la proyectada manifestación del jueves hubieran acudido todos los que aquí explotan al teatro francés y dan como originales los artículos de allende el Pirineo, cualquier día consigue la guardia civil desalojar la calle Mayor!...

LUIS TABOADA.

## ALIMENTOS ADÚLTEROS

—Le digo á usted, doña Cleto, que en esta corte bendita vivimos fuicemente de milagros. ¡Qué comidas hacemos, sin darnos cuenta de que en las tiendas hoy día nos dan la castaña en muchas sustancias alimenticias!

—¡Oh! Si fuera la castaña... pero es cosa más nociva la que nos dan, doña Rufa. Hoy venden leche purísima de cabras artificiales, jamás de mampostería y nos dan el queso *adúltero* y *adúltero* la salchicha, y una no sabe qué come aunque tenga la malísima costumbre de ir á pagarlo tal cual *viz*, amiga mía. ¿No sabe usted lo que anoche nos pasó! Pues no es mentira,

no pudo pegar los ojos ninguno de la familia.

—¿Tal vez un cólico?

—¡Horrible!

—¿Qué atrocidad! Pero, diga,

¿fué de malas consecuencias?

—No, de malas pescadillas.

El *Sultán*, la cocinera, mi esposo y yo fuimos víctimas de unos cólicos...

—¿Cerrados!

—A piedra y lodo, hija mía.

En fin, gracias á un vecino

que tiene en Cuba unas minas,

y de estas cosas del vientre

sabe mucho, estoy yo viva.

—¿Y no vieron que el pescado,

estaba malo?—No, hija.

Como mi marido es sordo,

y la criada es de Alcira

y yo tengo los quevedos,

á componer hace días,

la verdad, no reparamos que las tales pescadillas tenían manchas violáceas y forro de percalina; y aunque el *Sultán* al comerlas palideció y en seguida comenzó a lanzar suspiros y á menear la colita, lo achacamos al recuerdo de una perra que hay encima, que le tiene vuelto el juicio por lo alegre y levantisca.

—Aquí el pescado no tiene la frescura apetecida, y se comprende primero que van por las pescadillas á Badajoz y las compran y las traen, pasan tres días.

—¿A Badajoz? Usted es tonta.

—Usted cree que son marinas? Pues no tal; según me ha dicho la lavandera, que es bizza, en Madrid hay un dilavio de fábricas clandestinas de comestibles. Hay una en la calle de la Esgrima de la cual sé unos detalles muy curiosos.—Diga, diga.

—En una de las alcobas hay dos hombres que fabrican pescados frescos, y en menos que canta un conejo de Indias, le hacen á usted un besugo con su piel y sus espinas

y su ojo claro. En la sala, que es oscura, pero chica, preparan unas conservas que resultan exquisitas. Los pimientos colorados, sobre todo, hechos con tiras de pantalones que fueron del ejército carlista, dan el opio. En el pasillo confeccionan las morcillas. ¿Usted ha comido?

—Hace poco.

—Pues me callo las noticias que la iba á dar, que pudieran sublevarle la comida.

—Pues yo, señora, á Dios gracias, no como esas porquerías.

—Hace usted bien. ¿Y de dónde se surte usted, amiga mía?

—De *El ciste manchego*, lonja tan famosa como antigua.

—¿Calla! ¿De *El ciste manchego*? Pues ésa es la primerita que se surte de la casa de la calle de la Esgrima. (Doña Rafa al fin sucumbe. Llegan dos guardias, la limpian el vestido, que ha quedado como un piano de Melilla, y la lleran á su casa, y allí jura á su familia que, cuando quiera besugo, irá á pescarlo ella misma.)

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## ¡QUÉ HORCHATA TAN RICA!

A SINESIO DELGADO, AUTOR DEL LIBRO «ALMENDRAS AMARGAS»

Querido Sinesio, poeta de fibra, con más sentimiento que el mismo Zorrilla (el que ayer soñaba y no el que hoy conspira): ¡Qué limpios tus versos! ¡Qué francas tus rimas! Suspiros de Bécquer y melancolías de Tasso, de Byron, de Heine y de Catinas. Ayes de Espronceda, y tristes sonrisas por el mismo Quevedo por suyas tendría.

Ni compro lisonjas, ni vendo mentiras, ni escribo *reclamos é tanto la línea*. Digo lo que siento sin ocultas miras, y abajo el que abajo, y arriba el que arriba. Sabes que fui siempre la franqueza misma. El papel es blanco y negra es la tinta, y no digo embustes así me hagan trizas.

Me gusta tu libro, y nadie me libra de decir á voces lo que el alma grita. *Almendras amargas*. ¡Qué horchata tan rica!

¡Eres un poeta! Nadie lo diría al ver esa cara tan poco expresiva. Cara de cesante, cara de murgaista, cara de mancebo de cualquier botica. Escritor festivo, tu gracia es tan fina que apenas arranca ligera sonrisa. Tú no eres gracioso, por más que dirijas ese semanario que tu dió á guisa,

mas nunca la gloria, que tú ya tenías. Castellano puro y buen colorista con más sentimiento que filosofía, en todos tus cantos la pena suspira, y el dolor asoma y el desdén palpita. Y aunque en dulces versos el alma destilas, la hiel se descubre dentro del almibar. *Almendras amargas*. ¡Qué horchata tan rica!

¿Tú escribir sainetes y hacer zarzuelitas con tangos y jotas y chistes del día? ¡No, mi buen Sinesio! Tú, la comedita; la flor delicada con tallo y espinas y corola y jugo y esencia purísima! Deja la guitarra y coge la lira, que guarda en sus cuerdas raudal de armonías. Paga como debes la deuda adquirida, que *las nueve hermanas* son tus prestamistas, y el caudal precioso que aquí te anticipan á interés compuesto cobrarán arriba. ¡No seas tramposo, que es cosa feísima que luego, en la gloria, andes por justicia!

Esos monigotes de las pantomimas que hoy se representan no te den envidia. Ni sabes moverlos, ni lo necesitas. Tu misión sagrada es otra en la vida. Discurre en serio y escribir *coplilar*

dando á los lectores, entre llanto y risas, con versos de azúcar

verdades de acibar. *Almendras amargas*. ¡Qué horchata tan rica!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

## POMPAS CÓMICO-FÚNEBRES

Que ahora da gusto morir.

¡Con esas sociedades funerarias, y esos *envases* de lujo, y esas carrozas y esos lacayos con las pantorrillas negras!...

Porque, cuando moría una persona y la llevaban á hombros, como ahora á las notabilidades que lo piden, ó cuando más, en un carro que parecía de los de la limpieza, enfundado, entonces se explicaba el temor á la muerte.

Pero hoy...

Hasta me explico el suicida por coquetería.

Por verse luego de gala y rodeado de lacayos y bajo dosel ó entre columnas.

Y me explico el deseo de la hija de mi amigo Carcasona, tratante en habichuelas, aceite, vinagre, jabón y velas al por menor.

Es una chica romántica hasta la médula, que dice á su padre: —En cuanto veo un féretro se me van detrás los ojos.

Naturalezas tristes, que hay muchas.

Personas que no pueden ni leer en los periódicos los anuncios de conducción de cadáveres al cementerio, ni menos una composición poética de pájaros y flores, sin romper á llorar.

Parece que han sido pájaros en sus primeros años ó que lo fueron sus señores padres.

En pompas fúnebres ó bombas fúnebres, como diría uno de los más eminentes amigos de Sagasta, hemos llegado á tal perfeccionamiento que asombra.

Muere una persona en una casa.

En otro tiempo era un mareo el prólogo del entierro.

Ahora no hay más que avisar á una agencia y entregarla el muerto.

Ya le vestirán y le sacarán y le enterrarán cómodamente.

Los entierros de niño no parecen ya entierros, sino «bailes de espectáculo».

En los entierros de personas mayores el lujo llega á un extremo censurable.

Aquellos gallardos pajes con sombrero de copa ó con tricorno y las pantorrillas al aire libre, si bien enfundadas de negro, son figuras inmorales.

La vanidad y el capricho no conocen límites.

Ya hay figurines de carroza y de señores de acompañamiento, para que pueda elegir el muerto lo que más le agrade para el viaje.

Respecto á las costumbres patriarcales de los lacayos no hay que decir.

Habrán visto ustedes varias veces tendido sobre el tablero de la carroza ó montado ustedes al pronto, como yo:

—¿Un muerto sin estuche? ¿Son dos? Y van pateando como si estuvieran crudos, digo, vivos. ¡Qué barbaridad!

En alguna ocasión los he visto bebiendo en aquel sitio, y no agua, sino peleón.

En una tarde de toros iba en dirección del cementerio del Este un carro fúnebre de último precio.

Parecía la caja de un contrabajo, y el caballo un amigo del muerto, disfrazado.

Nadie acompañaba al infeliz más que el cochero y un lacayo.

Y éste voceaba de cuando en cuando:

—¡Eh! ¡á la plaza! ¡á la plaza!

¿Pues y los escaparates de los establecimientos de pompas fúnebres?

¡Qué instalaciones de golosinas!

Desde el féretro para niño recién nacido hasta el destinado á encerrar seiscientos kilos de carne.

En el extranjero ha llegado la coquetería funeraria hasta lo inverosímil.

En los Estados Unidos construyen féretros para matrimonios con y sin hijos.

EDUARDO DE PALACIO.

## HIERRO Y CARNE

Todas las tardes, á la misma hora, la audaz locomotora, con inmenso fragor de cataclismo rugiendo, retadora, salva un puente que, sobre el mar pendiente, desafía la rabia del abismo.

Se alza en un pico, donde el mar se irrita, una humilde casita, y cuando pasa raudo el tren expreso, entre el rumor de arriba y el de abajo, un mártir del trabajo y la que vive allí cambian un beso.

La máquina y el mar, como dos fieras atadas y guerreras, vomitan en rugidos sus furiosos,

# ACTUALIDADES



—El Consejo ha acordado que Inglaterra meta la cabeza en Tánger, que Francia extienda un poco más sus posesiones de Argelia, que Alemania tome el pedazo de terreno que crea conveniente y que usted se concrete á vengar duramente su agravio sin ulteriores miras.

—Está bien, pero tengo que hacer una observación.  
—¿Cuál?  
—Que aunque parezca muy chiquitito no se vayan ustedes á fiar demasiado.



Servicio de correos organizado por el gobierno para tener noticias de la guerra.



El bajá del campo está inconsolable, no por la pérdida de una autoridad que nunca ha tenido, sino porque ahora no encuentra medio hábil de renovar sus provisiones de té y azúcar.



—¿A qué no sabe usted en qué se parece el general López Domínguez á la tiple de *El dúo de la Africana*?  
—¿En qué?  
—En que está *si cade ó non cade*.



«Debo avisar á usted que veinte cajas facturadas como ferretería contienen fusiles destinados al Riff.»



¡A ver, cuatro números inmediatamente!



—Estas cajas de ferretería...  
—Se las han llevado ahora mismo con dirección al muelle.



—En aquel bote.



—¡Alma, muchachos, no sea que se nos vaya á escapar el buque!



—Caballero, fíjese usted en que tenemos bandera inglesa...

y entre el bullo del hierro al infinito,  
brota un amor bendito,  
como en los campos de batalla flores.

El maquinista Juan, fuerte y membrudo,  
es un atleta rudo  
cuando la marcha de su tren reprime;  
pero, dócil y esclavo como un perro,  
dobla su alma de hierro  
una pasión, por lo feroz sublime.

Nadie lo supo nunca; sepultado  
en su pecho abrasado,  
ocultaba su amor con ansia loca.  
Nadie entendía su pasión bendita;  
ni aquella Margarita  
nacida sobre el mar, en una roca.

La veía como á Dios; lejos del puente,  
hoscas y negra su frente,  
ni ante el peligro de morir se humilla;  
avanza... llega... y, delirante y loco,  
á Juan le falta poco  
para doblar, vencido, la rodilla.

¡Cuántas veces pensó buscarla ansioso,  
y con amor rabioso  
oprimirla violento en su regazo,  
como una fibra que se allanara á un niño,  
y ahogarla en su cariño,  
ó matarla de amor en un abrazo!

—Nunca, nunca lo haré! decía luego.  
Ahoguemus este fuego,  
que mancha de mi virgen la pureza,  
¡Cómo he de esclavizarla á mi deseo,  
si yo, que en nada creo,  
hasta quise rezar cuando ella reza!

Y siempre igual; y siempre, al dar la hora,  
la audaz locomotora  
arrastraba silbando el tren expreso,  
y bajaba á la roca, suplicante,  
siempre en el mismo instante,  
una mirada ardiente como un beso.

.....  
Era un anochecer; el mar tramaba  
y hasta el puente arrojaba  
montañas de agua y de negruzca arena,  
dejando luego, al sepultarse abajo,  
rabioso espumarajo  
con un rugido de espantada hiena.

Era el momento; estremeciendo el llano,  
como trueno lejano,  
soberbio avanza el tren, rápido y fiero;  
se escucha el jadeante resoplido  
de su vientre encendido  
y rechocar sus músculos de acero.

Pálido como un muerto, el maquinista  
fiende hacia el mar la vista;  
mira la casa de su amor desierta,  
y llora de dolor aquel gigante;  
se le escapa su amante  
de un bergantín que zarpa en la cubierta.

—¡Espera!—ruge. De razón ajeno,  
tuerce con rabia el freno;  
salta imponente la espantosa fiera,  
sus cuatro garras con furor agita  
y al mar se precipita,  
exclamando también:—¡Espera... espera...

Fué un grito colossal, ronco, iracundo;  
un momento, un segundo  
se miraron los monstruos cara á cara...  
y hayó de horror, aleteando, el viento,  
como si el firmamento  
sobre el mundo aterrado trepidara.

¡Horrible y corta lacha! Su agonía  
el hierro defendía  
con último y supremo paroxismo,  
y hendido ya en el mar, torvo y terrible,  
reinó la calma horrible  
con que se handió Luzbel en el abismo.

.....  
Aún de aquel bergantín, en lontananza,  
la vela á verse alcanza.

¡Qué importa el pobre Juan! Suena la hora,  
tiembla la tierra, y sobre el negro puente  
adelante imponente  
otra nave y audaz locomotora.

ADOLFO LUNA.

## LA FELICIDAD DEL AJENJO

Camino de Vicálvaro, en medio de un campo erial, se levanta un pino raquítico y contrahecho. Los pájaros jamás han anidado en él; en la carcasa de su podrida madera se deslizan los reptiles más asquerosos: cuando el viento Norte sopla iracundo, sus ramas secacas se quebran con ruido siniestro... En las noches en que la

luna viste con túnica blanquecina la tierra, el árbol es un espía en medio de la soledad. Parece retorcerse con la más violenta contorsión de espanto por verse tan solo, tan abandonado...

La corbata traída mal hecha y como si aspirase á ceñirse al cogote; el traje más pecaba de sucio que de elegante; el cuello y la pechera parecían haber reñido con el agua y el almidón; los pantalones, deshilachándose, rozaban el suelo; las botas tenían barro adherido á los bordes de la suela y los tacones torcidos. Por las mejillas paliduchas avanzaban revolucionariamente las barbas mal perjeñadas; los ojos como los de las muñecas de biscuit brillaban mucho, pero sin expresión; el sombrero que coronaba tales ruinas y roñosidades ofrecíase abollado, grisiento. Tan astroso é incorrecto encontré la otra tarde á la puerta del café del Diván á mi amigo Luis, que no ha pocos meses era el joven más elegante, atildado y rico de la buena sociedad madrileña: encanto de señoritas en estado de merecer, de velo de señoras casadas, mimo de mamás con ascenso inmediato á suegras y temor de padres, hermanos y maridos colosos de su honor.

Nos dimos las manos, y Luis, conociendo la sorpresa que su empaque me producía, me dijo sonriéndose irónicamente:

—No te asombres de esta facha, ni creas tampoco que estoy aquí como socio del club al aire libre del «ablazo amistoso». No me he arruinado aún; es que me he vuelto demócrata, casi casi socialista... Si quieres saber una historia triste, entremos en el café: eijamos una mesa aislada de cómicos y toreros, y de seguro que al vernos á ti y á mí, mano á mano, creerán unos y otros que soy un vascandil de la escena que viene á recibir el préstamo... Tú harás bien tu papel: tienes cara de empresario primo.

Aquella cháchara me hacía daño en boca de Luis, que era el prototipo de la seriedad; supuse que hablaba de tal modo por aturdirse á sí mismo.

—Muchacho—dijo Luis al mozo que se había acercado á nuestra mesa,—sirve al señor lo que pida y á mí ya sabes: ajenjo, ajenjo pero.

—Pero ¿estás en tu juicio?—le hice observar.—¿Tú sabes lo que bebes?

—¿Que si lo sé?... ¡Ya lo creo! ¡Ajenjo! El enemigo amargo de la razón, el gran ilusionista, el que mejor nos hace olvidar las penas que ocultas en el pecho, como ratones en un queso, le roen hasta destruirle... En la hora melancólica del anochecer, en la «hora verde»—que dicen los parisienses,—el ajenjo inunda la masa gris de extraordinarios resplandores: las ideas todas son luminosas; para cualquier infortunio se encuentra un gran consuelo; para los problemas más arduos, una solución; para los remordimientos, razones que los alejan; las cansadas fuerzas del espíritu reviven prepotentes; el ajenjo es un néctar que nos embriaga deleitándonos; es como el opio: trae la pesadilla inexplicable de luz y armonías; de mujeres que son hadas deliciosas y de placeres en que la materia parece vibrar en un eterno beso, en una continua caricia voluptuosa; el ajenjo es un enemigo mimoso para nosotros—grandes desgraciados—que corremos el mundo solos, sin otra alegría en lontananza que la total paralización del ser... la inmovilidad absoluta, la negación de todo, la única verdad positiva: el más halagüeño de los gocees... ¿Verdad, Alejandro?

—Estoy maravillado de tus teorías, de tus desilusiones, de tu actual manera de ofrecerte á mis ojos—repliqué.—Tú, el más alegre, el menos filósofo y el más feliz...

—¡Alto!—interrumpió mi amigo.—Feliz... lo he sido pocos meses... Tú no ignoras que la felicidad es un usurero que presta sus tesoros por contadas horas, y en cambio cobra un irritante interés, del cual sólo puedes librarte dentro de una fosa... A ti te puedo confiar mi pena, porque al menos no serás tan cruel como lo son la mayoría de los amigos que parecen interesarse por la desgracia ajena y luego la consuelan con una vulgaridad ó una tontería, ó se callan porque te escuchan por compromiso... Yo fui feliz cuando ví correspondido mi amor por Carmen, una de tantas chicas de la clase media que viven miserablemente al lado de «papá» y «mamá»; salen á paseo, á caza de novio, los domingos y fiestas de guardar, y sueñan de continuo con un caballerete de buenas prendas que las libre de las estrecheces tiránicas del hogar paterno... Tan locamente me enamoré de Carmen, que, gozoso, cometí la tontería mayor... ¡Me casé! La vida matrimonial en los primeros meses se deslizó sonriente, sin asomo de nubes: todo era sol; todo era azul y rosa; las tormentas en tal cielo parecían mitos... ¡y qué diablos! sería optimista mi felicidad que antojábanseme ángeles mis suegros... Bueno es advertirte que antes de casarme llegaron hasta mis oídos conceptos no muy piadosos acerca de mi futura, y que la portera y vecinos de la casa, sonriéndose compasivamente, parecían decirme cada vez que me encontraban en la escalera: «¡Pobre hombre! ¡en qué líos se metes! Achaqué todo esto á envidias, y... La luna de miel en que se reflejaba mi vida venturosa fué como luna de espejo que se rompe de un trastazo y deja asomar las fealdades del cartón que resguarda el azogue... No sé decirte de otro modo: una mañana mi mujer amaneció tal cual era; es decir, sin hipocresías; se mostró conmigo displicente, desenamorada, coqueta, avara de sí propia; me negaba las caricias de que tan pródiga se mostró siempre; pasábase las horas muertas en su cuarto tocador; salía á paseo, á hacer visitas y compras, á oír mis ó al teatro, sin decirme palabra: yo no servía más que para figurar en las facturas de los comercios en que se surtía mi señora... No me quejaba. Era tan ciego que todo me parecía bien: lo único que me tentaba era un desvío... ¡Cuántas veces, á solas, reflexionaba sobre

tales metamorfosis, y cuántas veces el recuerdo de las pasadas maledicencias me angustiaba el ánimo, y me veía á mí mismo como un inarido cándido y tonto de los pies á la cabeza... Los celos, celos horribles y sin causa racional que los motivase, desgarraban tira á tira mi felicidad... Callaba... ¡Qué iba á hacer? Encontraba tan hermosa á mi Carmen que, por no perderla, perdía yo mi dignidad de hombre y, como el que mendiga un favor, sometíame complaciente á cuantos caprichos y locuras ideaba: un día regañé con ella y ella se manifestó resueltamente enemiga. Con estúpido asombro escuché de su boca frases de vendedora de plazuela... Adquirí una tristísima certidumbre: se había casado conmigo llevada de la misma idea que el escultor cuando busca un suntuoso pedestal para su estatua: para que resalte más y tenga mayor lucimiento... ¡Dios mío! Me consideré tan desgraciado que lloré lágrimas de rabia, de vergüenza. ¡A qué extremos nos empuja la pasión!... Aquella nube pasó: intenté atraer á Carmen al buen camino; agoté todos los recursos, todas las energías, todas las reflexiones. No conseguí nada... Burlábase de mis afanes, y se vanagloriaba de haber hecho siempre cuando se le antojaba...

¿Adivinas el resto? Carmen se marchó de mi lado llevándose un... buen golpe de albasas y de dinero... ¿Ha ido con algún amante? No lo sé... Supongo que sí... He intentado por cuantos medios me sugería mi dolor encontrarla... Mi espíritu parece que ha quedado en suspenso desde su huida... Soy un escéptico que se abandona al azar y seppita sus desdichas en una copa de ajeno... Esta me proporciona una felicidad de un segundo; una borrachera de ilusiones que escapan rápidas, volviéndome después á una realidad que en encuentro mucho más triste y desconsoladora... Ya sé que abusar de la felicidad del ajeno es ir camino de la locura... Pero dime tú, ¿qué mejor cosa podría yo hallar para mi infortunio?...

.....  
Sin saber por qué extraña evolución de la mente, recordé, mientras Luis me daba cuenta de su desdichado matrimonio, el pino raquitico y contrahecho que se levanta en medio de un campo erial, camino de Vicálvaro, sin que jamás los pájaros hayan hecho en él su nidada: únicamente en la carcama de su podrida madera se deslhan los reptiles más asquerosos...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

## EL AMOR

(CUENTO INFANTIL)

¿Ves esos altos picos  
de las montañas  
donde, al pasar, las nubes  
se deshílan?  
¿Pues allí están las brujas?  
¿Brujas malvadas  
que con sus sortilegios  
al hombre matan!  
¿Tú creerás que en sus mantos  
arrebujadas,  
buscando niños, entran  
por las ventanas,  
de brazos de sus madres  
los arrebatan  
y en satánicas fiestas  
los despedazan?  
¿Pues no! Ya no hacen eso.  
Ya son más cautas  
y alargando el suplicio  
su goce alargan.  
Enviados por ellas,  
de noche bajan  
ejércitos de trasgos  
de negras alas  
que invisibles recorren  
casa por casa  
provistos de menjurges  
y de pomadas.  
Al hombre, chico ó grande,  
no le hacen nada,  
que en eso estriba toda  
su diplomacia.  
Pero de las mujeres  
buscan las almas  
y allí, á su gusto, siembran  
pasiones falsas.  
Puego del diablo ponen  
en las miradas,

en el cerebro el germen  
de la inconstancia  
y en los traidores labios  
dulces palabras  
de cuyos atractivos  
nadie se escapa.  
Los hombres, casi todos,  
llegan, se abrasan  
como las mariposas  
entre las llamas  
y al demonio se entregan  
en cuerpo y alma,  
sin saber que es el diablo  
quien los engaña.  
Pero antes ¡cuántas penas,  
dolores, ansias,  
luchas, quejas, tormentos  
y horas amargas!  
Juramentos perdidos  
que el viento arrastra,  
sonrisas embusteras,  
promesas vanas...  
y luego horribles dudas,  
ayes de rabia,  
tempestades de celos,  
ríos de lágrimas...  
¿Todo por esas brujas!  
¿Brujas malvadas  
que viven en los picos  
de las montañas,  
y alargando el tormento  
su goce alargan  
al llenar de amarguras  
la vida humana!  
¿No es infinitamente  
menor desgracia  
que se lleven los niños  
en cuanto nacen?

SINESIO DELGADO.

## CHISMES Y CUENTOS

Corren rumores de que hemos sufrido una derrota: manifestación de ira. Los telegramas anuncian victoria en toda la línea: manifestación de entusiasmo.

Se dice que Francia ve con buenos ojos nuestra campaña: manifestación de agradecimiento á Francia.

Se susurra que Inglaterra no la ve con tan buenos ojos: manifestación de disgusto á Inglaterra.

Y yo estoy con la opinión de un ciudadano serio, publicada en no recuerdo cuál periódico:

Cada manifestante debe dar una peseta para los gastos de la guerra, y el que no dé los cuatro reales que se trague los vivos.

Y apropióse de pesetas.

¿No les parece á ustedes que debíamos calmar nuestros ímpetus y dejar los ofrecimientos generosos y los patrióticos sacrificios para cuando hicieran falta?

Porque se me figura que estamos dando un espectáculo.

Este ofrece un duro para los gastos de la guerra, el pueblo de más allá se compromete á costear un fusil Mauser, Fulano manda una venda, Mengano un par de alpargatas, y así sucesivamente.

No parece sino que la nación está agonizando.

Van á creer que somos unos mendigos, que en cuanto nos hacen gastar cuatro cartuchos nos quedamos sin pertrechos, ni víveres, ni soldados, ni nada.

¡Por la Virgen de la Paloma! no es para tanto.

Pelean como deben los que tienen obligación de hacerlo y vayamos todos, chicos y grandes, cuando hagamos falta.

Si á ustedes les parece.

Leo:

«Es probable que un cañonero de guerra sea destinado á sigilar la costa africana desde Tres Forcas á Orán para impedir alijos de armas.»

¡Hombre, buena idea! Sobre todo para haberla puesto en práctica hace mucho tiempo.

Porque ahora, por lo visto, ya tienen muchas armas los moros.

Y aun así, fíjense ustedes en que no es más que probable todavía que vaya el cañonero.

Salta á la vista que las circunstancias por que atravesamos no son muy satisfactorias.

Pues, sin embargo, todavía hay quien se preocupa grandemente de dirigir el cotarro aunque sea de teniente alcaide.

Y estos días llueven por ahí los manifiestos de los candidatos para concejales ofreciendo el oro y el moro.

¿Y eso que se necesita valor para ofrecer el moro ahora!

Bien mirado, esto consueva un poco.

Porque mientras la patria pelea por su honor y la atención de todos los ciudadanos está fija en las peripecias de la lucha, siempre es bueno que no falte quien se tome interés por la cosa pública.

Y pretenda meter la cabeza en *Vías y obras*, como el protagonista de *Los descamisados*.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. T.—Los versos de abanicos están bien en los abanicos, porque como no suelen contener ninguna idea trascendental...

G.—Tiene gracia, pero da la casualidad de que en esta guerra, á Dios gracias, no hay abundancia de odas alusivas. Además, cuando pudiéramos publicarla, habría pasado la oportunidad tal vez.

Tris-tras.—Puesto que es cortita la publicaremos entera, ¡qué demonio!

¿QUÉ ES MADRID?

«Eres la villa grandiosa  
que encierra tantos primores  
madres de niñas preciosas  
que te hacen ser más hermosa  
con sus perfumes de flores.»

Day á usted las más expresivas gracias en nombre de la capital de las Españas.

Sr. D. M. T.—¡Si viera usted qué mala es!

Sr. D. R. D.—Valencia.—No señor, no sirve nada absolutamente.

Sr. D. R. G.—Empieza usted:

«Respetable director  
si estos versos le parecen  
regulares, ó mejor...»

Y no puede pasar eso. Porque hay que decir mejores precisamente.

Temurillas.—Mire usted, el asunto huele, y no á ámbar, y en la forma está usted desdichado de versos. Porque *comprendo y tengo* ni en el Gurugú son consonantes. Verdaderamente tiene gracia aquello de:

«y á la sombra de un olivo  
haga usted lo que pudiere.»

Rodajas.—No es publicable.

Tirto.—Tampoco me parece oportuna.

Sr. D. P. A.—¡Ay! parecen suspirillos germánicos de los que están mandados retirar hace mucho tiempo.

C. P.—Han llegado y por eso lo digo, pero no puedo aprovechar ninguna.

Sr. D. L. Q.—Mediana. Y *chicera* se escribe con *hache* hasta que se acabe la guerra.

Un bardo.—Que no debe cantar nada contra las hordas de Melilla, porque no le van á hacer caso. ¡Como son tan hordas!

Sidi-Mohamed el Gu-Ason.—Del cual, y Alá me perdona, no puedo ntizar los cantares.

Sr. D. A. N.—No podemos admitir artículos.

Sr. D. J. B. N.—Lo que me pasa con los cantares de Sidi-Mohamed, me pasa también desgraciadamente con esas quisicosas.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

**ANUNCIOS**

**NOCHE APROVECHADA**



El día 1.º, á las doce en punto de la noche, salieron todas las ánimas del purgatorio, según costumbre.



Una de ellas, no sabiendo en qué pasar el tiempo, leyó y relejó la plana de anuncios del MADRID CÓMICO.



Y en seguida penetró en el salón dental de *Tirso Pérez, Mayor, 53*, donde se proveyó de una dentadura inamovible.



Cargó con una porción de *bal-dosas especiales* de la casa *Escofet, Fortuny y Compañía, Alcalá, 18* (Equitativa).



Atrópó en la Droguería y Perfumaría de la calle de Fuencarral, número 24, un frasco de *Colonia Palomar*.



Entró en la camisería de *Martínez, San Sebastián, 2*, y se puso una camisa de cuello de pajarrica que le sentaba divinamente.



Admiró durante una hora los magníficos *artesonados y flores* para techos de *Escofet, Fortuny y Compañía, Alcalá, 18*.



Se quitó las manchas y escoriaciones de los huesos con el *Cold-cream virginal*, de *Torres Muñoz, San Marcos, 11*, y *San Bartolomé, 7*.



Se echó al colete una copa de *Cognac fino de Moguer*. (*Guinea, Carretas, 27*. Depósito de vinos, *Arenal, 2*.)



Se puso un pantalón de *Pesquera*, inglés legítimo, que no hacía una arruga.



Se frotó el cráneo con unas gotas de *Quina Palomar*, teniendo la satisfacción de ver salir inmediatamente el pelo.



Y en seguida se puso un hongo superior de *M. García Carrasco, Carretas, 26*, que no podía ser más elegante.



Se llevó después, para adornar el purgatorio, varios objetos de arte de *Escofet, Fortuny y Compañía, Alcalá, 18*.



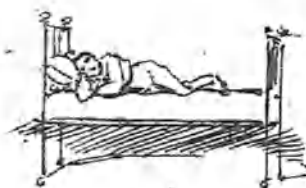
Y entre ellos un par de azulejos que eran un prodigio de limpieza, dibujo y solidez.



Tomó para el viaje de vuelta una docenita de botellas de vino de mesa de la bodega de *Medrano, plaza de Matute, 9*.



Cargó, por fin, con una *camara* del Bazar de la Plaza de la Cebada, núm. 1.



En la cual acabó de pasar tranquilamente la noche, esperando que tornaran á su cárcel las demás ánimas.



Desde entonces, por haber sabido aprovechar el asunto, es la admiración y la envidia del purgatorio y se habla de que le han sido concedidos dos años de indulgencia.

**MADRID CÓMICO**

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha  
Teléfono núm. 2.160.

DESPECHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
**COMPAÑÍA COLONIAL**

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA-MANZANARES